

— ¡Astuto! — repitió el muchacho. — Vaya, mistress Brown, yo no puedo hablar de esto.

Se calló, dirigió una temerosa mirada por el cuarto, llenó el vaso y bebió despacito. Luego se entretuvo en pasar los dedos por entre las varillas de la jaula, como si con esto tratara de desviar el tema de conversación, tan peligroso.

La vieja le observó maliciosamente, acercóse á él y en tanto que el loro descendía de su dorada cúpula volvió á su conversación interrumpida.

— De modo que ya estás sin acomodo.

— A usted no le importa — repuso toscamente Rob.

— Pero te pagan la comida ¡eh! — insistió la vieja.

— ¡Dame la patita! — dijo Rob á su loro.

La vieja dirigió una mirada que si la hubiese notado Rob le habría hecho comprender que sus orejas estaban en peligro; pero el chico había concentrado su atención en el loro justamente para no ver ninguna otra cosa, por más que con su imaginación ya se daba cuenta de todo.

— Me extraña que tu amo no te haya llevado con él — dijo la vieja con una voz tan maliciosa como el aspecto de su cara.

Rob, absorto en la contemplación del loro y ocupado en meter los dedos por entre las barras de la jaula, no contestó á la interpelección.

La vieja tenía su amenazadora garra muy cerca de la cabeza de Robin, inclinado sobre la mesa; pero se contuvo y aunque esforzándose pudo disimular su ira diciendo:

— Rob, hijo mío...

— Mande usted — contestó el muchacho.

— Me extraña que tu amo no te haya llevado consigo.

— A usted no le importa.

Inmediatamente alargó mistress Brown sus dos garras, una por encima de la cabeza, otra por debajo del pescuezo de Rob y apretó con extraordinaria furia de modo que la cara de la víctima se puso amoratada en un instante.

— ¡Suélteme usted! — exclamó Rob. — Mistress Brown, ¿qué hace usted? ¡Socorro! Joven... Mistress Brown... Brown...

La joven á quien invocaba el estrangulado no hizo maldito el caso: estúvose tranquila viendo como el joven luchaba por desasirse de la vieja hasta que lo consiguió en efecto refugiándose en un rincón, donde le acorraló la vieja pronta á repetir el asalto. Entonces tomó la palabra la joven, pero no para la defensa del agredido, sino al contrario para excitar á la asaltante.

— Muy bien hecho, madre: despedácelo.

— Joven... ¡por Dios! ¿también se vuelve usted contra mí? ¿Qué he hecho para que ustedes quieran matarme? ¿Por qué se ensañan contra un pobre muchacho que no las ha hecho ningún daño? ¿Son ustedes mujeres? — añadió Rob con acento afligido y pasándose la manga del brazo derecho por los ojos. — ¡Mujeres! ¡Vaya una delicadeza femenina!

— ¡Ingrato perro! — dijo ansiosamente la vieja. — ¡Desvergonzado, insolente perro!

— Pero ¿qué he hecho yo para ofenderla mistress Brown? — repuso el lacrimoso Rob. — Un minuto antes era usted muy amiga mía.

— ¡Contestarme de esa manera, á mí — dijo la vieja. — Sólo porque se me ha ocurrido curiosear un

poco acerca de su amo y de la señora, se atreve á burlarse de mí, sin más reparo. No tengo gana de más conversación. ¡Largo de aquí, granuja!

— Pero, mistress Brown — repuso el misero Robin — yo no he dicho que me quiero marchar. No me hable usted así, mistress Brown, si usted gusta.

— No volveré á hablar nada — dijo mistress Brown, amenazando á Rob con sus garras y obligándole á recogerse más en su rincón. — No saldrá ni una palabra más de mis labios. Es un can desagradecido. Lo echo... ¡que se vaya! Otros le seguirán : no tenga cuidado : no faltará gente que le siga, ya pondré yo en su pista á quienes se le agarren como sanguijuelos y le acosen como zorros. ¡ Ah! ya los conoce él; ya se acuerda de sus antiguos juegos y de su antigua vida. Y si se le han olvidado los otros se los recordarán. Ahora váyase; ya verá como se las arregla para guardar secretos de su amo con tales compañías. ¡ Ah, ah! Diferencia hay entre esta gente y nosotras dos, Alicia y yo. Anda, lárgate ya de aquí, pronto, pronto!

El espantado chico seguía acorralado por la vieja que daba vueltas en un círculo de cuatro pies de diámetro, repitiendo sus amenazas, levantando las manos por encima de la cabeza y haciendo gestos como para morder alargando la boca.

— Mistress Brown — suplicó Rob saliendo un poco del refugio — no quiere usted ¿verdad? no quiere usted hacer más daño á un pobre muchacho como yo.

— ¡ Ni una palabra! — exclamó mistress Brown continuando sus vueltas. ¡ Vete, vete!

— Mistress Brown — repitió el atormentado chico. — No tenía intención de... ¡ Oh, qué desgracia para

un pobre muchacho! Comprenda usted que tengo miedo porque mi amo lo sabe todo; pero con usted sí puedo hablar (esto lo añadió Rob con desconsuelo), si la gusta saber alguna cosa. No me amenace usted así, mistress Brown. ¡ Oh! ¿ No tendría usted la bondad de decir alguna palabra en favor de este desgraciado? — dijo Rob apelando desesperadamente á la hija.

— Ya lo está usted oyendo, madre — dijo Alicia con impaciencia manifiesta. — Pruebe usted otra vez y si no hágale usted pedazos resueltamente y acabemos.

Como si se dejara persuadir por esta tierna exhortación, murmuró mistress Brown algunas palabras y poco á poco fué tranquilizándose hasta permitir que el arrepentido Rob volviese al lado de la mesa y hasta que echase los brazos al cuello de su atormentadora con expresión de victima resignada. Aquel aspecto, sin embargo, estaba en oposición con la violenta cólera que se revelaba en su rostro.

— ¿ Y cómo, cómo va tu amo? — preguntó mistress Brown sentándose amigablemente junto á Rob y después de obsequiarle con otro vaso de bebida.

— Más bajito, por Dios, hable usted un poco más bajo — suplicó el chico. — Mi amo supongo que seguirá bien, muchas gracias.

— De manera que sigue siendo tu amo : no estás desacomodado — observó mistress Brown.

— Sí y no : exactamente no lo sé — contestó Rob — Me... me paga.

— ¿ Y no haces nada, Rob?

— Nada de particular, mistress Brown. Nada más que tener... mucho ojo!

— ¿ Tu amo está fuera?

— ¡Oh! haga usted el favor... ¿No podría usted preguntarme otra cosa?

La impetuosa vieja se levantó. Entonces Rob en el colmo de la desesperación la detuvo diciendo :

— Sí, si señora... está fuera. Pero ¿qué, qué es lo que mira?

Esta pregunta aludía á la hija que estaba mirando fijamente á la cara de alguien que asomaba por la puerta detrás del muchacho.

— No hagas caso — dijo la vieja, poniéndose al lado de Rob de manera que éste no pudiera volverse. Dime, dime ¿tú no has visto nunca á la señora?

— ¿Qué señora? — contestó Rob con voz lastimera.

— ¿Quién ha de ser? — repuso la vieja. — Mistress Dombey, chiquillo; mistress Dombey.

— Sí, sí : creo que la he visto una vez — replicó el chico.

— La noche en que se escapó ¿verdad? — dijo la vieja hablándole casi al oído y atenta á las impresiones de su rostro. — ¡Ah, ya sabía yo que fué aquella misma noche!

— Bueno; pues si lo sabe usted no necesita preguntarlo ni pellizcar á un pobre muchacho como yo.

— ¿Y á dónde fueron aquella noche, Rob? ¿Camino derecho? ¿Cómo se marcharon? ¿Tú la viste? ¿Reía, lloraba? Cuéntame todo lo que sepas. — Diciendo esto la vieja tenía á Rob sujeto, cogido por el brazo derecho, acechando la menor indicación de su fisonomía, con ansiosa mirada. — Habla, habla : quiero que me lo cuentes todo. Ea, Rob; entre nosotros no hay secretos. ¿A dónde fueron?

El malaventurado Rob se quedó sin saber qué decir, con la boca abierta.

— Vamos, hombre ¿estás mudo? — dijo ásperamente mistress Brown.

— No señora, pero, ¡por Dios! usted quiere que un pobre muchacho arda lo mismo que la pólvora. ¡Ah! si yo fuese la pólvora, ya me sé dónde estallaría para arreglar las cuentas de alguien.

— ¿Qué estás diciendo? — exclamó la vieja.

— Bebo á su salud, mistress Brown — dijo Rob buscando refugio en el vaso. — ¿Qué decía usted? ¿Pregunta usted á donde han ido? Él y ella, por supuesto.

— Eso es : los dos — afirmó la vieja.

— Pues no han ido á ninguna parte... juntos, quiero decir — repuso el joven.

La vieja le miró como deseosa de saltar otra vez con uñas y dientes á su cuello; pero dominó aquel impulso al comprender que Rob iba revelar el misterio.

— Ha estado bien pensado — dijo Rob — pues de este modo nadie sabe á donde se han marchado y menos aun se podrá decir que se les ha visto juntos. Cada uno se ha ido por su lado.

— ¡Ay, ay, ay! — exclamó la vieja riéndose de buena gana. — Es decir que se han ido cada uno por su lado para encontrarse en alguna parte.

— Supongo — contestó el malicioso chico — pues si no pensarán encontrarse hubieran seguido en sus respectivos domicilios.

— Bien, bien — dijo la vieja dando señales de impaciencia — ¿Y después?

— ¿Y después? Después nada que yo sepa — repuso el chico casi sollozando, porque fuera efecto de la bebida, fuera del malestar, á cada paso tenía que secarse las lágrimas restregándose con el brazo. —

Es decir, me ha preguntado usted si la señora se rió...

— Ó si lloró — dijo la vieja completando la frase.

— Nada de eso. Tan serena como usted y yo... Ya, ya comprendo que quiere saber más cosas; prométame usted que no se lo dirá á nadie en el mundo.

No costó á mistress Brown, mucho trabajo la promesa : porque considerado jesuiticamente el caso ella no tenía nada que decir, pues allí estaba mister Dombey escuchando.

— Tan distraída como firme cuando llegó á Southampton; yo la acompañaba, como criado. La dejé aquella noche á bordo. Y nada más : me parece que ya estará usted satisfecha, mistress Brown.

— No Rob; no lo estoy — añadió su interlocutora.

— ¡Que no! Entonces ¿qué quiere usted que diga? — exclamó el infortunado Rob como lamentándose de su suerte.

— ¿Qué ha sido de tu amo? ¿A dónde ha ido? — interrogó la vieja teniendo siempre fuertemente asido al muchacho y mirándole fijamente á los ojos.

— Palabra de honor, que no lo sé — contestó Rob.

— Palabra de honor que ni sé lo que ha hecho ni á dónde se ha marchado. Yo no sé nada de él : me recomendó que tuviera cuidado con la lengua y se fué : no sé más. Y ahora, como amigo, diré á usted que si llega á repetir una sola palabra de lo que la he dicho, está usted perdida : más le vale matarse, pegar fuego á la casa y arder juntamente con ella. Yo le conozco, mistress Brown ; yo sé que no hay manera de escapársele : se lo advierto.

— ¿No te he prometido callar? — repuso la vieja.

— ¿Por qué faltaría á lo prometido?

— Así lo espero, mistress Brown — añadió Rob

no sin manifestar en el semblante algunas dudas. — Se lo digo tanto por usted como por mí.

Dado este consejo amistoso la miró atentamente, pero en seguida retiró la mirada, pues le hacia daño la contemplación de aquella cara amarillenta, de aquellos ojuelos penetrantes; bajó la vista, se movió como si estuviera mal sentado en la silla y muy resuelto, al parecer, á no contestar á más preguntas. La vieja aprovechó aquel movimiento para hacer una seña, levantando el dedo índice de la mano derecha : la seña significaba para el observador oculto que había llegado el instante de prestar una atención decisiva.

— Rob — dijo la vieja en su tono más cariñoso.

— ¡Bendito Dios! — contestó con desesperación el chico. — ¿Qué más se la ocurre?

— Rob ¿á dónde han ido tu amo y la señora á encontrarse?

Robin estaba sofocado : se mordía los dedos, miraba al techo, al suelo, no podía resistir más á la presión : por último repuso :

— ¿Cómo quiere usted que sepa yo eso?

— Anda, muchacho, dilo : no valdría la pena de haber llegado hasta este punto si fueras á callártelo.

Diciendo esto la vieja repitió la seña con el dedo.

Rob, después de una pausa, habló con rapidez diciendo :

— ¿Cómo podré yo pronunciar nombres extranjeros? Vamos, sea usted razonable.

— Pero tú has oído ese nombre y poco más ó menos ya sabrás cómo se pronuncia...

— No lo he oído decir — repuso el muchacho.

— Bueno : pues lo habrás visto escrito : deletréalo. Rob se rió, á pesar de sus lágrimas, admirado de

la agudeza que revelada mistress Brown; y después de buscar en los bolsillos del chaleco sacó un pedacillo de tiza. Brillaron los ojos de la vieja al ver el ademán del chico. Inmediatamente despejó la mesa para que pudiese Rob escribir en su tablero.

— Queda convenido — dijo Rob — que no me preguntará usted nada más : si han tardado más ó menos en reunirse, si seguirán viajando juntos ó cada uno por su lado. Yo no sé nada de esto. Si la dijera cómo he dado con este nombre de ciudad lo creería usted imposible. ¿ Se lo digo ?

— Sí, Rob, cuéntalo.

— Pues bien, se lo diré; pero ya sabe usted que con esto se ha concluído y que no añadiré ni una sola palabra.

— Ni una sola palabra : está bien — contestó mistress Brown.

— Vea usted lo que hice : cuando cierta persona dejó conmigo á la señora, la entregó un papelito con una dirección escrita, por si acaso se la olvidaba. Pero se conoce que la señora no tenía temor de olvidarla porque rompió el papel y tiró los pedazos. Yo cogí unos de estos pedazos, los que se quedaron en el estribo del carruaje, pues los otros se los llevó, sin duda, el viento : los cogí por curiosidad de saber lo que la señora había leído. Sin embargo, en los pedazos recogidos no se leía más que un nombre. Voy á escribirlo, pero ya sabe usted, mistress Brown, no se la olvide su promesa.

Mistress Brown contestó que no se inquietara, como ya se lo había dicho. Rob sin añadir más palabras empezó á trazar laboriosamente una letra.

— A, dijo la vieja leyendo en alta voz la letra.

— ¿ Quiere usted callarse ? — exclamó Rob tapando

con las manos la letra y volviéndose impaciente hacia mistress Brown.

— Haz letras más grandes — dijo vieja repitiendo su misteriosa señal con el dedo — porque no veo bien.

Rob continuó su escritura, con evidente mal humor. Inclinado sobre la mesa no advirtió que por encima de su hombro estaba siguiendo la escritura aquella persona para la cual inconscientemente trabajaba. Al mismo tiempo Alicia, sentada enfrente del muchacho, iba pronunciando las letras según las veía terminadas : no las articulaba en voz alta, pero sí con los labios. Cuando estaba concluída una letra la decía de esta manera, mirando á mister Dombey como para confirmar lo que él mismo leía. Así llegaron ambos á deletrear la palabra D I J O N.

— Ya está — dijo Rob escupiéndole en la palma de la mano y borrando cuidadosamente con esta mano y con el brazo hasta la huella de las letras. — Ahora ya estará usted contenta.

La vieja le dió una palmadita en el hombro como prueba de satisfacción. Y Rob fatigado por la tirantez de ánimo y por la bebida plegó los brazos encima de la mesa, reclinó en ellos la cabeza y quedóse dormido.

Rato hacia que estaba en este sueño, con sonoro ronquido, cuando la vieja se dirigió á la puerta detrás de la cual estaba mister Dombey y haciéndole seña de que saliera sin cuidado salió aquél en efecto, cruzó la habitación y se fué á la calle. Cuidadosa había estado la vieja de que Rob no se enterase del paso de mister Dombey por la habitación, pronta á interponerse como pantalla y más aún á saltar los ojos al malaventurado si por desgracia suya no hu-

biera seguido bien dormido. Pero no por esto dejó la vieja de atender también á mister Dombey tomando de él un portamonedas en que á pesar de las precauciones para no hacer ruido, sonó el oro.

La sombría mirada de la hija siguió á mister Dombey hasta la puerta : así notó cuán pálido se iba, de qué manera su precipitación al marcharse revelaba su angustia y sus ansias por verse ya bien lejos. Cuando quedó cerrada la puerta miró Alicia en torno de la habitación, parando la mirada en su madre. La vieja se acercó, enseñó el bolsillo apretándolo con avaricia y como si mirase á la calle, á través de la puerta dijo.

— ¿ Qué va á pasar ?

— Una desgracia — contestó la hija.

— ¡ Un homicidio ! — exclamó la vieja.

— Está loco, arrebatado por el orgullo y por la ira. Lo que hará no lo sabemos nosotras ni él tampoco.

Tuvó una mirada fulminante, pero su rostro siguió impávido y sus labios no se colorearon.

Ni la madre ni la hija dijeron una palabra más. La madre contó con avidez las monedas : la hija se ensimismó en sus pensamientos : Robin siguió dormido. Únicamente el loro, olvidado en su jaula estaba en movimiento. Trepaba y descendía cogiéndose á las barras y anilla con su pico torcido. Se agarraba de través y cabeza abajo, se empinaba para llegar al techo de su encierro : era como si conociese el peligro de su amo y á costa de desesperados esfuerzos quisiera salir volando hasta él á prevenirle.

CAPITULO LIII

MÁS INFORMES

Dos personas había unidas al traidor por vínculos de parentesco — su hermano y su hermana, de quienes había renegado — abrumados por el ultraje acaso más que la misma víctima. Grande era la indiscreción social, grande la pesadumbre que en mister Dombey esta indiscreción producía, pero esto mismo le había servido de acicate para correr en seguimiento de la venganza. La sociedad había sobreexcitado su pasión é irritado su orgullo, inspirándole con esto como un ideal para su vida, como un objeto de su existencia intelectual. Toda la obstinación é implacabilidad de su naturaleza, toda la impenetrabilidad y dureza de su carácter, todo el exagerado concepto de su personal importancia, toda su celosa predisposición á resentirse por la más leve falta en el reconocimiento de su grande superioridad sobre todos, eran como corrientes varias reunidas en una que impetuosamente le arrastraba. El más violento impulso de ira hubiera sido menos de temer en mister Dombey que aquella sombría preocupación, en que parecía sumido. Una fiera se habría dejado amansar más